

todo se ordenaba como por artes de magia. Un gesto suyo daba término a las discusiones y otro gesto hacía aceptar de las multitudes lo que como fruto de sus meditaciones les presentaba. El país entero tenía el sentimiento, que es mucho mejor que tener la idea de su probidad, de su desprendimiento, de su devoción infinita por la Patria, y sus partidarios lo seguían como la sombra, hasta en sus recelos y hasta en sus errores. Para él repetían, consolándose, la frase consagrada: se equivoca de balde. Con esa convicción dormían tranquilos. Un hombre que nada busca para sí en la política, caso raro y maravilloso, es un hombre que merece todas las confianzas. Fué por eso por lo que las tuvo.

A tal punto llegó su autoridad, que el golpe de timón con que cambió bruscamente la política de veinte años no alteró su prestigio. Se le separaron unos pocos, acaso los que más lo querían, pero su popularidad quedó incólume. Fuémos del número. Ni entendimos ni entendemos ese cambio. Y como lo dijimos muchas veces en vida del Caudillo, lo repetimos hoy ante sus despojos sagrados. Condición suprema de la sinceridad es la de evitar congostas de opinión cuando es ya tarde. La sinceridad, aun en el error, es una inyección contra el remordimiento. Nada nos duele en nuestra oposición en dos años de vida política del General Herrera. De lo escrito a ese respecto no queremos, no podemos, no debemos retirar una sola línea. Quedan en pie todas nuestras censuras, con la absoluta seguridad de que ninguna podrá turbarnos el sueño. La honradez nos las dictó, porque jamás será honrado aceptar, por amor o por temor, las medidas con las cuales se halla el alma en pleno desacuerdo. Y las dictó la lealtad. No es de un amigo, no es de un hombre, aplaudir lo que en lo íntimo condena, ni seguir callado en la corriente por miedo a no ser comprendido.

Con la mano del Caudillo entre la nuestra, mientras el alma poderosa luchaba por desprenderse del cuerpo adolorido, fijos los ojos en el semblante que iba palideciendo a medida que se acercaba la torva segadora, pensábamos en las inolvidables deferencias que debimos al amigo, en la compañía de tantos años y en el final desacuerdo, sin que la conciencia, implacable juez, y más en tales circunstancias, nos formulara un reproche. A esa mano, que empezaba a helarse, hubiéramos querido llevar calor de nuestras venas. Y nos hacíamos la ilusión de que, al haberse animado, habría apretado, como apretó durante la enfermedad, con efusión, la que nosotros le tendíamos. Era la mano franca y cariñosa de quien no sintió que el afecto agonizara

cuando nació el desacuerdo. Y era la mano que, al contacto de la suya, sintió el orgullo y la gloria del laurel que ésta cortara en los campos espléndidos.

El héroe está caído. Cayó formulando los postreros votos por la unión del Partido, como cayó el Libertador formulando votos por la unión de Colombia. ¡Elevemos el corazón hasta esa altura y piadosamente escuchémoslo! «De cada gran sepulcro surge una gran resurrección», dijo ante el cadáver de Murillo Toro el doctor Rojas Garrido. Creamos en la profecía y tratemos de que la tumba de Herrera sea un vínculo entre todos los miembros de la familia liberal, venida a menos por

causa de las disensiones. Política amplia, de libre discusión, fraternalmente inspirada, y habremos cumplido el deseo íntimo del Jefe agonizante! Política noble, política patriótica, política de austeridad y de benevolencia, que permita las realizaciones ideológicas y extinga las bacterias de la intriga y del chisme! Así seremos salvos. Así seremos fuertes. Y así, cumpliendo lo mejor que hubo en el alma del Jefe extraordinario en el supremo momento, podremos hacernos la ilusión dichosa de que no lo hemos perdido.

L. E. NIETO CABALLERO

(El Tiempo, Bogotá).

Juana de Ibarbourou...

(Viene de la página 58).

curioso comprobar que ambas hayan pensado en los lirios, y en los lirios morados, para perpetuar su tránsito por la tierra. Oíd a la condesa de Noailles:

Je rêvais sous l'arceau, de la nuit claire
[et lisse;

La Mort m'a pris le bras.

Elle m'a dit: Tu bois la vie et ses délices,
et pourtant tu mourras.

Un étrange, effrayant et douloureux mystère
gêlera tout ton sang...

Ah, le bruit aplati et lourd que fait la terre
quand un corps y descend!...

On le laissera là; peut-être la nuit même
de cet enterrement.

Sur toi qui fus si douce et d'une ardeur
[extrême,
il pleuvra froidement.

Tu dormiras d'un long, épouvantable somme
qu' aucun songe n'émeut.

Tes yeux qui se couchaient dans le regard
[des hommes
seront seuls tous les deux.

Tes délicates mains ou d'autres mains en-
[trèrent

pour de si vifs émois

sentiront s'infiltrer quelques grains de la
[terre

par les fentes du bois.

Là-haut, sur la suave plaine, il fera rose,
il fera doux et bleu.

Au cœur du lis ouvert, juillet, o sainte chose
déposera son feu...

Podría multiplicar las citas. Es inútil. Juana no conocía a la poetisa francesa; no lee siquiera el francés. No hay, pues, ni puede haber, el menor asomo de una posible imitación. Hay sí, y esto es lo sorprendente, una tal semejanza de temperamentos, y hasta de realización, que no se puede leer a Juana sin recordar de inmediato a la condesa de Noailles. En las dos

existe el mismo sensualismo exacerbado que hace desear a la francesa «morder al verano como un sabroso fruto». Ambas tienen tan honda la sensación de la Naturaleza que experimentan idéntica necesidad de compenetrarse con ella; el mismo estremecimiento de la materia al llamado de la primavera; la misma erótica violencia a las sugerencias voluptuosas del verano. Más cultivada la francesa, más refinada también, es también más complicada, a veces contradictoria; pero igualmente apasionada y erótica.

Su amplia cultura se transparenta en numerosas alusiones; y su frenesí, más agudo, más afiebrado que el de Juana, se complica con mil citas literarias. Tiene, como la nuestra, el mismo amoroso cuidado por su cuerpo; la misma complaciente delectación en su belleza, a la que mezcla el olor de las frutas y la dulzura de las corolas...

Juana de Ibarbourou, más ingenua, más fresca, no tiene, sin embargo, la fuerza lírica, la sabiduría, la experiencia de la condesa de Noailles, aunque en sus versos sea la imagen generalmente, más transparente y más serena.

De Delmira Agustini, tiene Juana el erotismo franco, aunque también más sano, más fresco y más ingenuo. Hay analogías profundas entre estas dos mujeres, por más que ellas no sean las que acostumbran a señalar con demasiada frecuencia los críticos.

Lo que sorprende ante todo en ambas, es ese fenómeno de espontaneidad, de ausencia de toda cultura y aun de todo ambiente intelectual, que hace de estas dos mujeres, una prueba viviente de ese fenómeno de mediunidad de que habla Maeterlinck como explicación del trance de ins-